

La prensa diaria de ayer dedicaba la mayor parte de su información y sus editoriales al violento asalto al Congreso y a la firme actitud del Rey.

Decía «La Vanguardia»: «Es el Rey, en efecto, quien una vez más se erige en clave de la situación, con el respaldo del pueblo español, nada dispuesto a que una fracción minúscula de las Fuerzas Armadas fuerce un golpe de Estado que destruya las todavía débiles bases del régimen político, libre y democrático, que los propios españoles se han dado a sí mismos. Ninguna violencia puede alterar esta realidad ni desvirtuar su legitimidad. Y cualquier atentado contra ella habrá de ser juzgado de acuerdo con las leyes que a todos nos protegen y que garantizan un Estado de derecho como el que los ciudadanos deseamos para vivir en paz y justicia... No es la nuestra de hoy la misma España del golpe de Pavia, que acabó con la primera República, ni es la nuestra tampoco la misma España del 18 de julio de 1936. Ningún español sensato, y todavía somos mayoría, quiere caer nuevamente en la terrible condenación de la discordia civil, ni está dispuesto a que se le hurte la difícil libertad que hemos recobrado.»

«Pueblo» decía en el último párrafo de su editorial: «Se han violado todas las leyes, todas las normas. Se ha manchado hasta la imagen misma de nuestra Patria, sometida hoy en el extranjero a la irrisión del sensacionalismo más vulgar. ¡A qué seguir! Al Ejército se le defiende siempre, pero son un órgano extraño a nuestras Armas quienes, pretendiendo hablar en su nombre, hieren y enturbian su limpia imagen ante el español medio, al cual será más que difícil explicar el tremendo suceso del 23 de febrero. Teníamos la democracia más limpia de Europa, y la han manchado unos locos que creen salvar a su Patria cuando lo que hacen es ayudarla a ahogarse entre la perplejidad, la cólera y la indecisión. Pasó ayer por España, sobre todos nosotros, una ráfaga de locura, la ira de Caín. Que esto sirva de lección a los que pretenden salvarnos cada día ayudándonos a morir. Porque ayer la imagen de España ha muerto un poco, y rehacerla va a ser difícil y penoso. Hoy, como siempre, y desde la democracia más sincera, en este país estamos todos con la ley, todos con el Rey. Sin él, ayer podríamos haber retrocedido al siglo XIX. Antes de Espartero, antes de Narváez, antes que Prim... Frente a los locos y sus panegiristas, amamos la vida libre, siguiendo a nuestro Rey.»

«Diario 16» comenzaba un editorial diciendo: «Vivimos las horas más amargas y acres de nuestros cinco años de democracia.» Y entresacamos a continuación: «El pueblo está con el Rey valiente y joven —las centrales sindicales mayoritarias así

Unánime condena y una cautela

lo han subrayado—, y lo está porque sabe que el Rey hará cuanto pueda por salvaguardar la Constitución... El único golpe de Estado que puede triunfar es el que haga cautivas nuestras conciencias. Cualquiera intentona, por apreciable que sea, quedará al final simplemente en eso, si todos unimos nuestras manos, si todos juntamos nuestras voces y les explicamos a estos «salvadores» reincidentes —con toda la templanza, pero con toda la firmeza que aún quede en nuestras almas— que queremos seguir empeñados en la trabajosa y amarga, pero reconfortante y bella tarea de construir la democracia... Nunca hemos creído que esta empresa colectiva fuera un camino de rosas. Quien más, quien menos, todos tenemos ya rasguños en el alma, abrumados por el terrorismo, el desempleo, la carestía de la vida, las dificultades energéticas y tantas otras calamidades. Demasiado sudor, demasiada sangre y demasiadas lágrimas han ido jalonando ya lo andado, como para ahora aceptar volver atrás, a la oscuridad, a la noche del miedo, al erial del odio, al páramo de la intolerancia.

Es tiempo de fraternidad, tiempo de cogerse del brazo sin distinción de izquierdas y derechas, tiempo de levantar una muralla por la que no pase el caimán. Todos con la Constitución, todos por la democracia, todos a exigir la oportunidad de que Sepharad —la España de Salvador Espriu— pueda seguir viviendo «en el trabajo y en la paz, en la difícil y merecida libertad.»

Bajo el título «Nadie puede robarnos la esperanza», escribía «Cinco Días»: «... Queremos dejar una prueba inequívoca de nuestra más absoluta repulsa ante los hechos, de nuestra confianza en una inmediata normalización de la situación política del país y de nuestro respaldo a cuantas posturas y decisiones permitan la reanudación de una pacífica convivencia, basada en los principios constitucionales votados por la inmensa mayoría de los españoles.

Que funcionen los mecanismos institucionales; que se restaure el imperio de la ley, y que la justicia se pronuncie por encima de las pasiones y más allá de las presiones de cualquier signo es lo único que cabe desear en esta madrugada de expectación sin dramatismo, pero también de esperanza sin suicidas concesiones a la ingenuidad.

Frente a la razón de la fuerza confiamos en la fuerza de la razón; contra el catastrofismo de la ingobernabilidad de España —en el que se refugia una minoría respetable, pero muy reducida— esgrimimos la reacción en contra de cuantos hasta estos momentos han hecho pública su inequívoca

confianza en un futuro democrático lejos de añoranzas y revanchismos y en la seguridad de que sabremos olvidar todas las viejas rencillas y las inevitables crispaciones de toda sociedad que asume, responsable y conscientemente, los riesgos de afrontar cara a cara los problemas que plantea una sociedad en cambio, con ideales, intereses y anhelos contrapuestos.»

«El País» señalaba: «La defensa de la Constitución y de la legalidad vigente ha tenido en el Rey su más resuelto y admirable combatiente. Este país nunca podrá olvidar que, después de que el general Miláns del Bosch decretara el estado de excepción en la Región Militar de Valencia por su cuenta y riesgo, sin respetar los mandatos constitucionales ni consultar al Rey, a quien corresponde el mando supremo de las Fuerzas Armadas, don Juan Carlos asumió la responsabilidad de la situación y encomendó a los secretarios y subsecretarios no aprehendidos por los secuestradores el ejercicio del poder civil. La actitud del Jefe del Estado en las tensas horas de ayer es símbolo de la legitimidad constitucional y democrática.

El golpe de Estado ilumina, por lo demás, buena parte de los acontecimientos de la etapa de transición y los sitúa en su adecuada perspectiva. La «operación Galaxia» no fue una «charla de café», sino uno de los hilos de la madeja conspirativa que quedó al descubierto. La circunstancia de que el teniente coronel Tejero, principal responsable de aquel complot en toda regla, resultara condenado con una pena leve y fuera reincorporado después al servicio activo, ha permitido a este soldado desleal y sedicioso participar destacadamente en esta segunda intentona golpista. Así, las debilidades, complicidades y cobardías que impidieron en su día castigar a los culpables de la «operación Galaxia» con las penas congruentes y realizar a su debido tiempo los relevos imprescindibles en los cargos de las Fuerzas Armadas y en las fuerzas de seguridad, a fin de sustituir a los conspiradores y golpistas por militares y policías respetuosos de la Constitución, son factores tan responsables como los propios asaltantes del Congreso de la inaudita y esperpéntica estampa escenificada ayer en el palacio de la carrera de San Jerónimo, más propia de una república bananera o de un pronunciamiento decimonónico que de una nación europea a finales del siglo XX. La investigación judicial sobre el asalto con toma de rehenes al Congreso de los Diputados tiene que alcanzar el fondo de todas las tramas —incluso si están insertas en las instituciones— que vienen conspirando contra la de-

mocracia desde el mismo reforma política. Los locos armados —son rec. de orates y no se les entre tropa.»

«A B C» decía: «A estas horas la primera tiene que ser rotunda condena de lo ocurrido que la gobernación del horas incuestionablemente el país necesita un golpe de timón modo de ser gobernado para pueda recuperar el orden y la paz. Pero es evidente que la loc. gonizada ayer por un grupo de ofi. la Guardia Civil —y, según parece, dada por algún alto mando del Ejército no sólo no vendría a resolver nada, sino que ha puesto en el más grave riesgo todo cuanto en cinco años de esfuerzo y sacrificio de todos, y muy en especial de las Fuerzas de Seguridad del Estado, ha logrado España bajo la sabia y pacífica dirección del Rey. Repitémoslo: por el camino de la Constitución todo es posible. Nada se logrará por el de la violencia. No se sirve a España violando la voluntad libremente expresada por los españoles. No se ayuda al país sumiéndolo en la angustia y sacudiéndolo con la más grave, la más triste de las convulsiones.»

Ismael Medina, en un comentario editorial escribía en «El Alcázar»: «Otro dato a tomar en cuenta es la tranquilidad con que los españoles han asumido la noticia de la ocupación del Congreso de los Diputados. Durante el debate de investidura habían evidenciado los portavoces de los partidos su temor a unas elecciones anticipadas. Este miedo a una confrontación con las urnas lo expresó Areilza sin disimulos en su artículo publicado el domingo. Los partidos, según Areilza, están convencidos de una abstención masiva que dejaría al sistema en evidencia. Los continuos sondeos de opinión arrojaban un alarmante crecimiento de la inhibición popular. Me parece evidente que la calma de los españoles ante un acontecimiento de tan extrema importancia como la ocupación por Fuerzas del Orden Público del Congreso de los Diputados expresa un dato político de gran alcance: el desentendimiento público respecto a la suerte de una clase política en la que parece haber perdido la confianza.

Sea cual sea el desenlace que tenga la ocupación del Congreso de los Diputados, parece indudable que nada será igual mañana y que resultará muy problemática una continuidad política acorde con las previsiones del debate de investidura.

Nada será igual mañana. Y toda previsión sobre el futuro desarrollo de los acontecimientos debe ser contemplada con máxima cautela.»